

La trágica complejidad del drama argelino

ARGELIA es un vasto campo de ejecuciones, con territorios al margen de la ley y con territorios en los que se asesina por la noche a quienes aceptan la legalidad del día y por el día a quienes aceptan la legalidad de la noche. El terror se adueña de las aldeas y de las ciudades. Todos los coches son sospechosos de cobijar bombas y de todo desconocido se recela como de un enemigo. Las dimensiones de la tragedia obligan a hablar, no de simple terrorismo, sino de una auténtica guerra civil o, mejor, de varias guerras civiles simultáneas: se calcula que ha habido más de 100.000 muertos desde 1991 y sólo entre el 15 de julio y el 15 de septiembre del presente año han sido asesinados más de un millar de civiles, en gran parte mujeres y niños. La durísima censura impuesta por el gobierno argelino nos impide conocer más exactamente lo que sucede tan cerca de nuestras costas mediterráneas.

Entre la censura gubernamental, el miedo cerval que inspiran los movimientos fundamentalistas islámicos y la complicidad de los principales países de Occidente se ha logrado consolidar la imagen de que toda la violencia argelina es obra de los fundamentalistas islámicos, sobre todo del GIA (Grupo Islámico Armado). Las denuncias

de *Amnistía Internacional*, los testimonios de algunos testigos bien informados, el análisis de determinadas declaraciones y medidas de las autoridades argelinas y hasta un mero ejercicio de verosimilitud nos obligan a distribuir más equitativamente las gravísimas responsabilidades ante las que nos encontramos. Intención nuestra es proporcionar algunas claves para entender mejor la complejidad del drama argelino y trabajar, en la medida de lo posible, para solucionarlo.

Primera clave: De los aguantaparedes al Frente Islámico de Salvación

EL régimen militar instaurado a raíz de la independencia llevó el país a la ruina económica y la desvertebración: el 80% de la renta del petróleo se dedicaba a importar productos básicos que anteriormente Argelia producía en cantidades suficientes para su consumo: el PIB per cápita pasó de 2.700 dólares en 1985 a 1.400 en 1988, los cortes de electricidad eran frecuentes, el colapso de los transportes, la ineficiencia sanitaria, la ausencia de perspectivas, etc. La masa de jóvenes desocupados —**hittistas** («aguantaparedes» en castellano— constituía un polvorín a punto de estallar.

Durante algún tiempo se desvió la energía de estos jóvenes hacia causas externas (palestinos y guerra del Golfo). Pero pronto en gran parte de ellos prendió la propuesta reformista en nombre del Islam que formulaban los herederos de la **Asociación de Ulemas argelinos** creada en 1931 con una ideología radical muy próxima a la de los **Hermanos musulmanes** que se oponían a una modernización laica y además inexistente del Estado.

El FNL había declarado al Islam como religión de Estado ya en 1962, pero la mayoría de sus dirigentes tomaron esta medida únicamente para domesticar la virtualidad política y revolucionaria de esta religión en la que lo político y lo estrictamente religioso, lo público y lo privado, no deben distinguirse. Ello permitió a Ben Bella

y sobre todo a Boumedián crear un cuerpo de imanes que eran funcionarios del Estado y lograr que las mezquitas colaboraran en las campañas de alfabetización del régimen y plantear como convergentes el Corán y el progresismo tercermundistas de que eran corifeos los gobernantes de Argel. Poco a poco la fuerza ilusionante del régimen de Boumedián (1978) se va evaporando mientras va adquiriendo nuevos y vigorosos perfiles el proyecto social islámico. A la muerte de Boumedián (1978) las mezquitas son ya espacios de abierta oposición al régimen. Al lado de las mezquitas y ulemas «estatales», controlados y pagados por el régimen, surgen cientos de mezquitas y ulemas «sumergidos», en garajes, sótanos y barrios de barracas y florecen las medarsas (escuelas coránicas) no supervisadas por el poder, y grupos universitarios que desalojan de las asambleas a los estudiantes marxistas, ateos o del partido francés (ver Ahmed Roudjia: *Les frères et la Mosquée*). El FNL se da cuenta en 1982 de que el Islam ya no es su lacayo sino su enemigo, y decide encarcelar por primera vez a los líderes del FIS **Sultani, Sahnún y Madani**. Empezaba la ruptura entre la **nomenklatura** oficialista y el Islam.

Segunda clave: La privación del triunfo electoral del FIS

EL FNL se va degradando y, a regañadientes, debe aceptar la Constitución «democrática» de 1989. Al año siguiente, se convocan las primeras elecciones municipales en el marco del nuevo pluripartidismo. El programa político del FIS es conservador y elemental: erradicación del paro, servicios eficaces, implantación de la **Sharia** o ley islámica, anulación de gran parte de la reforma agraria, reclutamiento de la mujer, etc. Pero, en una sociedad tan desvertebrada como la argelina, la idea fundamental que transmite es la de que en torno al Islam se puede

recuperar la identidad individual y la vertebración como sociedad. Así lo perciben los ciudadanos que, el 12 de junio de 1990, otorgan al FIS el 59 por ciento de los sufragios, lo que le da el control de las APC (Agrupaciones Populares Comunales). El triunfo en las tres grandes ciudades del país (Argel, Orán y Constantina) ha sido rotundo. El balance del FIS al frente de los ayuntamientos es más que modesto y no hubiera resistido el largo plazo: cierre de algunos bares, prohibición de antenas parabólicas, campañas por «la decencia femenina», etc.

Sin embargo, los acontecimientos iban a convertir en deseo colectivo lo que ya empezaba a ser colectivamente aborrecido: el régimen. El presidente **Benyedid**, obligado por los militares y otros grupos de presión retrasa sucesivamente las elecciones generales ante el temor de que triunfen los islamistas. Finalmente, en diciembre de 1991, tiene lugar la primera vuelta de los comicios, en los que el FIS obtiene la mayoría. La conmoción dentro de Argelia y en toda Europa occidental es enorme. Se teme el establecimiento de una nueva república islámica en el flanco sur de Europa. El día 12 de enero de 1992 **Benyedid** aparece demacrado ante la televisión para anunciar su dimisión, al día siguiente el gobierno suspende la segunda vuelta de las elecciones, con la complicidad de Francia. Se ha suprimido de un plumazo la democracia bajo el pretexto de que estaba amenazada. La reflexión occidental sigue sin desatar la contradicción que supone esta actuación antidemocrática de un grupo de «demócratas» excluidos por las urnas. El FIS se sintió expoliado y se lanza a la calle. Surgen fracciones con diversos grados de violencia y comienza el baño de sangre en que desde entonces está sumido el país.

Tercera clave: El asesinato de Boudiaf

EL poder fáctico de Argel se sentía incómodo: por una parte el partido mayoritario (FIS)

carecía de poder político e incluso de existencia real; por otra parte, el partido minoritario ostentaba el poder político, pero carecía de fuerza moral y de crédito ciudadano. La solución fue llamar a una persona que por su trayectoria y sus prisiones era el símbolo de la honradez para todos los argelinos. Se trataba de **Boudiaf** al que se puso al frente del Alto Comité de Estado; la opinión pública lo señalaba como la única persona capaz de tender una mano a cada extremo y hacer posible la pacificación. Pero quienes lo elevaron al cargo lo hacían por salvarse a sí mismos y los restos del naufragio del FNL. El honesto Boudiaf empezó pronto lo que él llamaba la «doble lucha», contra el extremismo islámico y contra la mafia político-financiera de los alrededores del poder fáctico. Los enemigos le crecían en ambas orillas. No es de extrañar, por tanto, que fuera asesinado en 1993.

¿Quién armó al asesino, miembro de su escolta, presentado como islamista? La opinión pública no creyó la versión oficial y en los círculos de Argel se insinuaba la responsabilidad de los servicios paralelos del Estado.

Su ex ministro **Belkaid** se alineaba también en esta dirección al preguntarse: «¿Quién tendrá el valor de acusar un día a los verdaderos responsables?» Se introducía por primera vez una responsabilidad asesina gubernamental o paragubernamental y se empezó ya entonces a hablar de los **escuadrones de la muerte argelinos**.

Cuarta clave: MIA y GIA

EL FIS ha querido preservar su no implicación directa en actos de terrorismo. Sus acciones iniciales eran más grandes manifestaciones que actos violentos. Pero le han nacido hijos que se han encargado de ello. El primero fue el MIA (Movimiento Islámico Armado), creado a imagen y semejanza de su homónimo afgano y cuyos activistas fueron entrenados por guerrilleros afganos. Los asaltos a comisarías y puestos de

policía les proporcionan armas y los atracos a bancos de dinero. A veces recibe desertores como los cadetes de la escuela militar de Cherhell. El MIA se fortalece y empieza a regular su violencia, no asesinando más que a representantes del poder impío y sus cómplices. Los islamistas más radicales no están de acuerdo con esta «moderación de la justicia» y crean el GIA (Grupo Islámico Armado) cuyas víctimas preferidas serán los periodistas, artistas, escritores, feministas, extranjeros (cartujos y monjas también), etc. La represión gubernamental es brutal. La situación se libaniza y la violencia tiene ya varias líneas de combate: GIA contra MIA, Estado contra ambos, escuadrones de la muerte contra cualquiera y todos contra los tibios.

Quinta clave: La guerra de la propaganda

LOS argelinos son conscientes de lo que unos y otros se juegan: cinco años de salvaje violencia no ha servido para ablandar a nadie. La solución no parece estar al alcance de ninguno. Tanto en el GIA como en los escuadrones de la muerte rige el principio de que «quien no está con nosotros está contra nosotros». Unos y otros eliminan no sólo a los que se han definido como objetivos, sino también a todos aquellos que no denuncian al enemigo o simplemente que no expresan a voz en grito sus lealtades. Se ha elaborado, además, una teoría de guerra total en el que, más importante que lo que de verdad sucede, es la imagen que se pueda transmitir a la comunidad internacional. Últimamente las noticias parecen agrandar las atrocidades producidas por el enemigo o atribuir a ésta lo que verosíblemente son actos de barbarie cometidos por las policías paralelas. El gobierno, por ejemplo, ha presentado la masacre de Rais (350 muertos) como crimen islámico, pero existen serias dudas de que ninguna organización terrorista tenga capacidad para degollar a tantas personas en una zona donde abundan los acuartelamientos. Algunos elementos

de las fuerzas armadas están bajo sospecha. Aumentan las sospechas sobre algunos actos del gobierno como el hecho de que a Madani se le haya aplicado arresto domiciliario sólo por haber escrito a la ONU pidiendo implícitamente una investigación. El escritor marroquí **Tahar Ben Jelloun** escribía en «El País» (5-9-97) corroborando estas sospechas: «Quién degüella a inocentes? ¿Cómo reacciona el ejército? ¿Qué hace para poner fin a estas matanzas? ¿Por qué interviene siempre con retraso? ¿Hay un director de orquesta oculto...? ¿A quién benefician estos crímenes?»

Conclusiones

ANTE la complejidad del problema y la creciente libanización de Argelia, hay que confesar que es difícil vislumbrar horizontes de futuro. Sin una intervención exterior, no parece posible que los argelinos puedan llegar a reconstruir la convivencia cívica. La derrota de los islamistas es improbable; la del gobierno imposible. Es preciso que las potencias europeas, y sobre todo Francia, se quiten la careta y se decidan a intervenir. Están en el horizonte unas elecciones generales (23 de octubre próximo) que, organizadas por el gobierno argelino, carecen de toda credibilidad y a las que no pueden presentarse los islamistas. La comunidad internacional, que ha garantizado la limpieza en los procesos electorales de Bosnia-Herzegovina, debe asumir la obligación de forzar al gobierno argelino a que aplace los comicios y de crear las condiciones para una consulta limpia.

Ante el inmenso horror de la tragedia argelina nos cabe sufrir en silencio y gritar al exterior, haciendo espiritualmente nuestras las palabras del poeta **Tahar Djaout**: **El silencio es la muerte / y si te callas, mueres / y si hablas, mueres; / así que habla y muere.**

La lenta transición mexicana

¿ESTAMOS realmente en un proceso de transición democrática en México?, se preguntan por igual dirigentes políticos, analistas y ciudadanos. En las recientes elecciones federales de mitad de sexenio, el 6 de julio de 1997, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) perdió por primera vez la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados. En agosto, los cuatro partidos de oposición allí representados llegaron a un acuerdo político para conformar una nueva mayoría, con 261 diputados frente a los 239 del PRI.

De hecho, el 10 de septiembre, al presentar su III Informe de Gobierno, el Presidente de la República, Dr. Ernesto Zedillo Ponce de León, debió hacerlo frente a un Congreso presidido por el diputado Porfirio Muñoz Lado. El presidente del Congreso mexicano es un viejo lobo de mar de la política, que hace veinte años presidió el PRI y hace diez salió del partido oficial para iniciar, junto con Cuauhtémoc Cárdenas, lo que hoy es el Partido de la Revolución Democrática (PRD), la segunda fuerza en la Cámara de Diputados, que además encabezará, en la persona de Cárdenas, el gobierno de la Ciudad de México. Para colmo, el diputado Muñoz Lado le endilgó a Zedillo —que no ha podido o no ha querido cumplir los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, piedra de toque de

la paz en Chiapas— una frase zapatista sobre el buen gobierno: «saber gobernar es saber escuchar y saber rectificar... estoy cierto que saber gobernar es mandar obedeciendo».

Para muchos mexicanos, sin embargo, la transición mexicana es desesperadamente lenta. La senadora de oposición Amalia García ha dicho que «por su lentitud, la transición mexicana ya entró al libro de records mundiales de Guinness». Aun cuando algunos ubican su punto de partida en las recientes elecciones, otros trazan su origen en 1986, cuando el gobierno y su partido perdieron la elección para gobernador de Chihuahua frente al Partido Acción Nacional (PAN), triunfo que no fue reconocido. Algunos más ubican el inicio en otro 8 de julio, el de 1988, cuando Cárdenas ganó la elección presidencial sin que su victoria lo llevara a ocupar el gobierno, merced al descomunal fraude electoral perpetrado por el gobierno del entonces presidente Miguel de la Madrid, en combinación con el candidato oficial, Carlos Salinas de Gortari. Ambos triunfos trocados en derrota habrían acicateado la voluntad democrática de los mexicanos en los años subsiguientes.

SIN embargo, como dice en un rabioso cuento el escritor guatemalteco Augusto «Tito» Monterroso, «cuando me desperté, el dinosaurio todavía estaba allí». Es decir, que se quiera o no, el PRI, que no es realmente un partido, sino una especie de ministerio electoral del Estado mexicano, sigue siendo el partido más votado (39% de la votación nacional), el que tiene la Presidencia de la República, el control del Senado, la Suprema Corte de Justicia, 25 de los 32 gobiernos estatales, y el 80 % de los 2418 municipios del país. O sea, que es un poco temprano para cantar victoria.

Para dos terceras partes de los mexicanos, los cambios que han tenido lugar en el Congreso no significarán mayor cosa en tanto no se traduzcan en una mejoría en su nivel de vida. La verdad es que ésa es una gigantesca

asignatura pendiente en un país donde dos terceras partes de los 95 millones de habitantes perciben un ingreso inferior a cinco dólares al día. A la gran mayoría de ellos, el futuro les sigue deparando el paro, la pobreza, o la aventura de cruzar hacia el norte sin documentos y por desiertos inhóspitos, a riesgo de su vida.

*Para numerosos analistas independientes, Zedillo no ha tomado el toro por los cuernos. No ha sido el garante de la transición a la democracia, sino que se ha puesto la camiseta de su partido, actuando como jefe de camarilla y no como jefe de Estado. En México no se ha producido un Pacto de la Moncloa porque la transición se está dando a pesar y en contra de numerosos políticos aferrados al **ancien régime** que no conciben la vida sin el PRI.*

DE la misma manera, habiendo dejado atrás el espejismo salinista de la entrada al Primer Mundo, a los ojos del mundo México sigue siendo un país de grandes contrastes. Es un país rico con un pueblo pobre. Es miembro de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (la OCDE, el club de países industrializados con sede en París) y seis de cada diez de sus habitantes viven por debajo de la línea de pobreza. Es un exportador creciente de productos agrícolas y manufactureros (estimación de las ventas al exterior para 1997: 100 mil millones de dólares), pero al mismo tiempo expulsa mano de obra barata. Es un importante receptor de importantes flujos de capital, y permanece atado al pago de una pesada deuda externa. Es socio comercial de la mayor potencia del mundo, pero tiene que soportar una vez tras otra humillaciones de su vecino, para mantener abierta la posibilidad de otro rescate financiero por parte del Departamento del Tesoro estadounidense en caso de una debacle más del peso mexicano en el futuro cercano.

Aquí reside quizá el mayor problema de la lenta transición mexicana: para las elites económicas y políticas

del país azteca, el modelo a seguir es el estadounidense.

Sueñan con que firmando tratados de libre comercio, privatizando empresas públicas, facilitando las cosas a la inversión extranjera y ofreciendo elevadas recompensas a los capitales especulativos, una mañana los mexicanos habrán de amanecer como yanquis de ojo azul, hablando inglés y con un ingreso por cápita por encima de los 25 mil dólares. Hoy la mirada de dichas elites está en Washington y en Wall Street, y por eso prefieren ignorar lo que ocurre en Chiapas y en el resto del país, más allá de los distritos financieros y de las zonas residenciales en donde habitan. Al fin y al cabo, los morenos que no habán inglés son irredentos.

SÓLO cuando la transición se dé al nivel del municipio, de las organizaciones sociales y sindicales, de las relaciones cotidianas entre hombres y mujeres, habrá alcanzado la fuerza suficiente para no calificarla de fenómeno superficial e ilusorio; es decir, cuando los mexicanos puedan aspirar a una vida digna en su propio país.

Sólo entonces podremos decir que ya estamos «del otro lado», pero no de la frontera marcada por el Río Bravo entre México y Estados Unidos, sino del subdesarrollo y el atraso. Como dijo León Felipe, hace falta llegar «con todos y a tiempo» para que podamos hablar de una transición de verdad.